

tomó posición, hizo hincapié, y tiró con tal fuerza, que si Diego de Moron no es lo que era, consigo se le lleva; pero el albéitar permaneció inmóvil, asido con las dos manos á la mano de Zancudo, tan firme, como si hubiera sido una estatua de bronce, y la muñeca de Zancudo dió un crujido.

—¡Uf! exclamó tragándose el dolor Zancudo: me parece que os habeis llevado mi mano, maestro.

—¡Bah! la teneis ya curada: esto era una dislocación: vamos, trae acá, Jusepillo; hijo, acércate.

El aprendiz de herrador, albéitar y curandero, y aun si se quiere de astrólogo, porque todo lo que sabia se lo enseñaba Diego de Moron, lo que hacia creer á muchos que aquel rapaz era un su hijo oculto, se acercó, llevando en la tabla la tartera con el hirbiente emplasto, manteniendo en la boca el cordon de lana, y en la cabeza el pañuelo.

Diego de Moron metió la mano en la ardiente mistura con el mismo descuido que si su mano hubiera sido de hierro, y no se quemó, porque aquella mano encallecida se habia hecho insensible.

Pero no aconteció lo mismo á Zancudo, que dió un salto cuando el Zurdo le puso sobre la muñeca el endiablado emplasto y empezó á frotarle, sino que hizo cuatro gestos de mono, ahogó un bramido, y si no le tiene tan bien sujeto Diego de Moron, se le escapa.

—Aquí no hay mas que morir por Dios, don Melchor, decia Diego de Moron frotando que frotando: ó se hacen las cosas, ó no se hacen; y ya es esto mas blando que el labramiento aquel á fuego del carbunco.

—Lléveos el diablo con vuestras blanduras, maestro, dijo Zancudo, que me haceis ver estrellas.

—Aguántese, que tal le estoy poniendo, que dentro de cinco minutos podrá tirar de su espadon y manejarle y hender á un gigante de arriba abajo sin que se le resienta la mano, que esto que le unto aprieta y conforta y robustece, por mas que pi- que y rabie.

—Me estais dando la sobrecena, maestro.

—En cambio tendreis muy buen sueño, que de otra manera, el dolor de la dislocación no os dejaria dormir en siete semanas.

—Con lo del sueño me consuelo; pero acabad presto ¡vive Dios! que estas cosas no son buenas para sufrirlas muy largas.

—Pues nó retireis la mano ni os afufeis, que no lo echemos todo á perder, dijo Diego de Moron quitando de la cabeza el pañuelo á Jusepillo, doblándolo convenientemente, cubriéndolo con aquella especie de unguento infernal, rodeándolo luego á la muñeca de Zancudo, tomando luego el cordon y atándolo, y apretándolo de tal modo, que á Zancudo se le durmió el brazo y se le abotagó la mano de la cargazon de la sangre.

—¿Está ya? dijo Zancudo.

—Ya está, contestó Diego de Moron: llévate ese cuenco á la cocina, y vente á cenar, hijo.

El muchacho escapó, y don Melchor se puso á andar de una parte á otra del aposento á trancadas, y levantando mucho los piés, como quien baila, soplándose la mano, y con un lagrimon en cada ojo.

Diego de Moron se sentó y se sirvió una ánade.

—¿Y teneis valor para poner os á comer mientras yo bufo? exclamó Zancudo.

—Rezad tres credos, dijo Diego de Moron, que yo os afirmo que antes de que llegueis al amen del último, ya se os habrá pasado, y estareis como si tal cosa.

—Creo en Dios Padre, dijo Zancudo en una salida de tono, y en Dios Hijo, y en Dios Espíritu Santo, y en todo cuanto hay que creer sobre los cielos y sobre la tierra, y hasta en que Dios me ha hecho á mí para que mate á un albéitar.

—Pero ese no es el credo, don Melchor.

—Ea, dejadme en paz; bueno estoy yo para acordarme de nada; ni aun de mi nombre me acuerdo, ni de la madre que me parió, y esto aprieta, y me parece á mí, maestro, que os voy á dar por bárbaro un gaznaton con la propia mano mala, que os voy á dejar sin resuello.

—Aprieta mucho, ¿eh? Pues bueno, cuando las cosas han

apretado todo lo que tienen que apretar, luego empiezan á apretar menos.

—Pues creo que teneis razon, señor Diego, porque me parece que ya no me pica ni me rabia tanto.

—Si os hubiérais puesto á rezar, iríais ya por el segundo credo, porque aquí entre mí, los estoy yo rezando por vos.

—¿Y habeis empezado ya el tercero, maestro?

—Ahora empiezo.

—Pues mirad, se va calmando esto; pero no creais, que todavía duele, y bastante.

—Ahora voy por el *ideo precor*.

—Pues rogad, rogad, señor Diego, que me parece que esto se va calmando. Vamos, vamos, sois un gran médico.

Pasaron algunos segundos.

—¿Es que ya no me duele!

—Amen, dijo Diego de Moron.

Y se tragó media pechuga de ánade.

—Y oid: ¿cuándo me podré yo quitar este mejunje y lavar-me la muñeca?

—Cuando pase el tiempo que se necesita para rezar otros tres credos muy bien rezados; y como creo que eso será el tiempo que tardareis en comeros esa ánade que os está esperando, cuando hayais roído el último hueso, os encontrareis de tal manera, como si no os hubiérais violentado la mano: fué mucha lanzada la que dísteis, don Melchor, mucha lanzada, y nada tiene de estraña la dislocacion, porque el otro era fuerte como un roble.

—¡Malhaya sea él, y cuando erró su golpe, que me dejó en vago! En fin, voy á comerme con mucho gusto esta ánade, por la seguridad que me habeis dado de que en comiéndomela me podré quitar este estorbo y estas porquerías.

Y embistió con la ánade como si tal cosa.

## V.

Ya á este tiempo habia vuelto Jusepillo, y habia dicho á su maestro en voz baja:

—Mirad, señor Diego, que ahí, en esa otra puerta del lado, están unos hombres hablando de matar y de morir, y tan irritados, que mete miedo.

—Pues déjalos que se descuernen, muchacho, que Dios no me salve si me importa á mí algo, no digo yo el que se maten esos hombres, sino el que se coman crudos: toma, toma esa empanada, y véte allí, á aquel rincon, y cómetela, hijo, y llévate ese cubilete de vino y bébetelo tambien, muchacho, que estás así un poco flacucho; bien es verdad que das el estiron, y mientras se alarga no se engorda: vas á ser un buen mozo, Jusepillo: anda y come, y despelótate, y así que acabes, ven por este pedazo de gorrinillo y por esta ánade: regálate, que el dia es para todos.

## VI.

En aquel momento interrumpió á Diego de Moron una voz, que dijo al otro lado del tapiz que servia de tabique:

—¿Pues hay mas ¡vive Dios! que esperarlos en el terrero de doña Estrella de Velasco, que allí van los dos hermanos Carvajales á dar música, y acabar con ellos?

—¡Ah, infames! exclamó el Zurdo en voz baja: y qué ¿no saben esos viles que hay aquí gente que les escucha, y tal, que no consentirán la alevosía que piensan?

—Pues qué, dijo otra voz irritada detrás del tapiz, ¿no hay mas que avergonzar y vencer con malas artes al señor Juan Alfonso de Benavides, nuestro amo? Que yo vi que un paje de los

Carvajales echaba algo al suelo, y luego he reconocido el caballo de nuestro señor, y le he encontrado en la ranilla de la mano derecha clavado un abrojo de cuatro puntas.

—Eso es mentira, dijo una voz calmosa; tú, Renjifo, no sabes lo que hacer ni lo que decir para hacer méritos, y si no, ¿dónde está ese abrojo?

—Lo tiré de rabia.

—Cállate, hombre, cállate, dijo el mismo que había reconocido, que lo que es, es que tú tienes ojeriza á Pedro de Carvajal, porque un día le miraste malamente y te dió un sopapo que te tuvo con las muelas bailando yo no sé cuántos días.

—Vamos, dijo en voz baja Zancudo; ese otro es un hombre de bien.

—Di tú, continuó el hombre honrado, que aunque ha vencido en buena lid á nuestro señor, porque la verdad es que nuestro señor justa muy mal, eso no quita para que porque le han vencido le busquemos á él y á su hermano y los matemos, que aunque ellos son valientes, dos contra cuatro, no hay pelea; conque á ponernos las coracinas, y andando, porque como doña Estrella de Velasco se ha puesto mala y no ha salido de su casa, no ha podido ir al sarao del Alcázar, y de seguro que los Carvajales se han ido á hablar con ella.

—Ya estais alzando, señor Diego de Moron, dijo en voz muy baja Zancudo: dejémonos aquí á Jusepillo que se regale cuanto quiera, y nosotros vamos á ponernos como quien no hace la cosa, en la puerta de la hostería, y cuando salgan esos cuatro malsines, nos vamos detrás de ellos á la larga, y ellos nos llevarán al sitio de la alevosía, sin saber que han guiado á su castigo.

—Pues me place, don Melchor, dijo el Zurdo, que á mí estas villanías me ponen azul.

—Ea, vamos andando, y sin miedo, que por lo que se oye al otro lado, esa gente se está armando á toda prisa.

Levantáronse Zancudo y el Zurdo, salieron silenciosamente, se deslizaron no menos silenciosamente por una mal alumbrada galería, dieron con unas escaleras, las bajaron, y deteniéndose á

la puerta de la hostería, se pusieron á hablar tranquilamente haciendo la deshecha.

A poco se oyó tropel de pasos, y salieron rápidamente, haciendo crujir sus armas, cuatro jayanes el uno detrás del otro.

—Esos deben de ser, dijo Zancudo. Pues tras ellos, y á la larga, maestro.

Y echaron detrás de aquellos cuatro hombres que iban muy de prisa.